



Los jóvenes de negro



Las actitudes de los adolescentes indican que, con frecuencia, están sometidos a estados emocionales de dolor y tristeza que afectan a su presente y a su futuro.

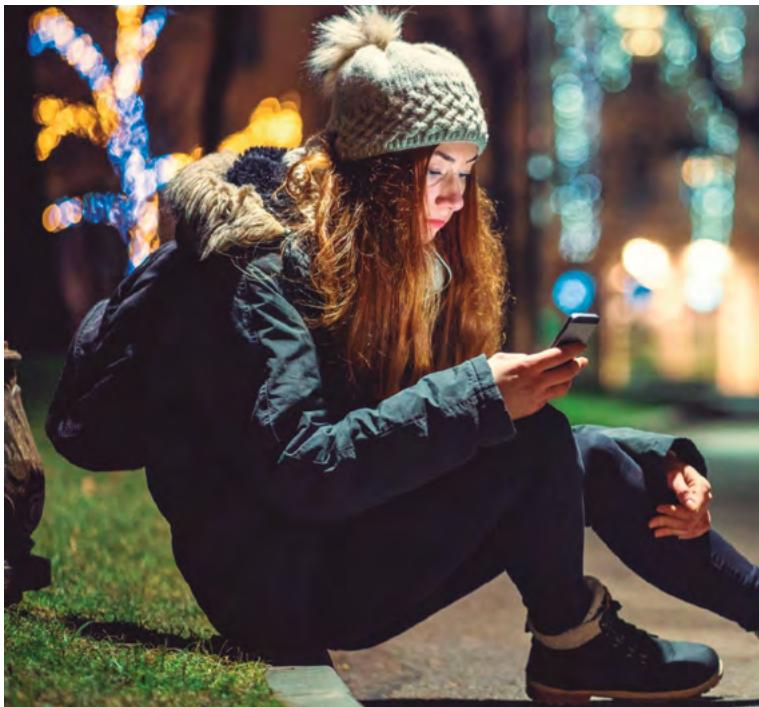
La autora se pregunta si hay algo que podamos hacer desde instancias educativas para ayudarles a manejar esta tristeza y propone algunas ideas útiles para las diferentes instancias educativas: sociedad, familia y escuela.



Sonia
de la Roz



Universidad Pontificia Comillas
sdelaroz@comillas.edu



Un encuentro con la realidad

Era una mañana soleada y fría, puede que a principios febrero. Aquel día soplaba un airecillo gélido y cortante que te obligaba a arrejuntarte en el abrigo y a pensar que Dante había acertado cuando había descrito el infierno como un lugar lóbrego y congelado. Volvía a casa tras hacer mis compras habituales cuando me los encontré: una horda de jóvenes que se apretujaban a lo largo de la acera, buscando el calor del sol invernal que se reflejaba en la pared de la tiendecilla que había enfrente del instituto. Era, claramente, la hora del recreo y los chavales, de entre 15 y 17 años, formaban un grupo informe y bullicioso que ocupaba despreocupadamente la vía pública. Cuando llegué a su altura, la bandada se fue abriendo a mi paso para dejarme continuar mi camino por la calle abarrotada. No fui consciente entonces del rastro de desazón, como un oscuro paisaje impresionista, que me dejó ese momento, ya que algunas sensaciones se quedan en la mente y dan vueltas hasta pasar de impresiones a ideas y de ideas a palabras. Solo cuando verbalicé aquella fugaz experiencia me di cuenta de cómo me habían afectado los escasos diez segundos que había tardado en atravesar la masa de estudiantes.

Dos cosas me habían llamado la atención. En primer lugar, y a pesar del frío invernal, prácticamente ninguno de

aquellos adolescentes llevaba ropa de abrigo, más allá de una o dos cazadoras y alguna *bomber* que apenas les cubrían la cintura. Y luego estaban los colores. El fugaz vistazo de mi paso a través del grupo me hizo darme cuenta de que casi todos aquellos adolescentes vestían de negro. El hecho me sorprendió y me obligó a aminorar el paso y volver la vista atrás. ¿Dónde estaban los colores alegres y provocativos que uno tiende a vincular con la infancia? ¿Dónde estaba aquella imagen risueña de la alegre adolescencia de mi pasado? Curiosamente, solo una chica morena, que destacaba por su altura en medio del grupo, vestida con una camisa blanca y un chaquetón verde, ponía algo de color a quel paisaje humano sorprendentemente monocromático.

Llegué a casa con mil ideas en la cabeza. La más intensa era la sensación de vacío y tristeza que había percibido de forma tan clara mientras atravesaba aquella bandada de jóvenes —ruidosos y dicharacheros, sí, pero con expresiones adustas, abstraídas y desconectadas—. Era chocante ver a muchos de ellos de pie, en medio de la multitud, revisando las pantallas de sus móviles, ajenos al bullicioso entorno, embutidos en medio del grupo y casi pegados a los otros, tan embebidos como ellos en su soledad digital. No sin razón hablan los expertos del peligro de sustituir las relaciones interpersonales por las virtuales, de confundir trágicamente la experiencia de la conexión remota multifocal con la personal y emocional, mucho más compleja y exigente, pero infinitamente más profunda y transformadora.

Más allá de fenomenologías —o, más bien, fenomenalismos— lo cierto es que la sensación que me produjo aquel grupo homogéneo, por lo incoloro, me dio vueltas a la cabeza durante días. Si es cierto que el color es un recurso expresivo, un lenguaje en sí mismo, capaz de transmitir ideas, sentimientos y emociones, entonces aquellos adolescentes se habían puesto de acuerdo para enviarme un mensaje. Pero ¿cuál?

No cabe duda de que, según la teoría semiótica, los colores transmiten ideas



Los profesionales no podemos dejar pasar la oportunidad de aportar nuestra experiencia, prudencia y madurez a unos jóvenes desorientados, preocupados y aislados

complejas, unas vinculadas con el entorno y que denotan pertenencia, como los colores de un club deportivo, por ejemplo, y otras vinculadas con el individuo, en una especie de pragmática de la identidad o idiosincrasia personal. Y está, además, la dimensión semántica del color, en la que cada cultura asocia ciertos colores con experiencias o ideas específicas. Lo que el color negro denota y connota para una cultura como la nuestra es muy evidente y es lo que hizo que aquel grupo en blanco y negro me resultara difícil de ignorar. En general, en nuestro contexto cultural, y más allá de las modas, la ropa negra aporta nociones de sobriedad, autoridad o tristeza, y de estas solo la última me pareció acorde con la fugaz experiencia de aquella mañana de febrero.

La tristeza es la respuesta a la falta de respuestas

Motivada por estas ideas indagué entre mis conocidos, muchos profesores de secundaria con largos años de experiencia, para confirmar si mis impresiones eran acertadas. La mayoría me vinieron a decir que los adolescentes expresan con sus actitudes, palabras y obras, básicamente dos emociones, la ira y la tristeza, ambas relacionadas con la frustración.

Lo de la ira me lo esperaba ya que la experiencia de una ira sin causa o con todas las causas imaginables me era muy conocida. Pero, ¿por qué la tristeza? ¿Qué hace que los adolescentes expresen con tanta frecuencia sentimientos de tristeza, pesimismo, dolor emocional difuso o angustia? Y, sobre todo, ¿hay algo que podamos hacer para ayudarles a sortear

la trampa de la tristeza a unas edades en que las personas tomamos decisiones y nos situamos ante temas fundamentales que, en muchos casos, marcarán nuestra vida futura?

Para empezar, decidí no ponerme dramática. Mi experiencia, compartida con la mayoría de los adultos de mi entorno, es que la madurez lo va resituando y redefiniendo todo y que lo que a los quince años se percibe —con el eficaz apoyo del desequilibrio hormonal— como un drama existencial, suele atenuarse o desaparecer con la llegada de la madurez. Con todo, busqué información sobre qué ideas o experiencias generan tristeza en los adolescentes y, tras varias lecturas y conversaciones con profesores y familias, encontré que, efectivamente, los adolescentes expresan con frecuencia sentimientos de congoja e inquietud acerca de muchos temas que van desde los más estrictamente personales y cercanos, como su aspecto físico —una de sus grandes preocupaciones—, no ser aceptados y queridos en su entorno social, la pérdida de amistades íntimas o de sus relaciones afectivas primeras, el fracaso escolar y el temor a la pérdida de la estabilidad en su entorno familiar, hasta los más existenciales, como el temor a no conseguir sus metas en la vida, la inevitabilidad de la muerte, la vejez, la enfermedad o el deterioro físico y cognitivo. Además, muchos adolescentes expresan tristeza y ansiedad ante cuestiones de carácter más general, como las guerras, los problemas económicos, sociales y laborales y cuestiones políticas diversas.

El resultado de esta búsqueda de información no me sorprendió demasiado, pero he de confesar que me resultó abrumador. La evidencia de la cantidad de sufrimiento que soportan nuestros adolescentes por las más diversas razones, me hizo preguntarme si no había más remedio, si no había alguna forma de ayudarles a mitigar y reorientar tanta tristeza. Leibniz dijo, presa de su inquebrantable optimismo, que vivimos en el mejor de los mundos posibles, pero creo lícito que nos preguntemos si el mundo que hemos organizado y que esta-



mos sosteniendo con tanto denuedo es, realmente, el mejor de los posibles.

Creo, con Voltaire, que no, y que para ofrecer a nuestros hijos un mundo aceptable que les permita vivir una experiencia vital positiva, a pesar de las dificultades y frustraciones de la vida cotidiana, tenemos que cambiar muchas cosas. El problema es que, evidentemente, no podemos, al menos a corto plazo. Cambiar la visión de los jóvenes sobre su presente y su futuro supone cambiar la realidad o cambiar sus percepciones sobre ella, es decir, cambiarlos a ellos, y este último cambio, quizás el único posible, es a lo que llamamos educación. Es, pues, tarea propia de las instancias educativas —sociedad, familia y escuela—, la titánica tarea de recuperar la fe en el presente y en el futuro a través de acciones educativas inmediatas y relevantes, de entre las que creo las más urgentes la educación ética, con la construcción de una escala de valores que pongan el foco en el respeto a la vida, el honor y la condición humana, y la educación afectiva y emocional, dos asignaturas pendientes para el sistema educativo y para la sociedad en su conjunto.

Mirar, analizar... y tomar decisiones

Para empezar, en el ámbito social esto implica una revisión de nuestro concepto de infancia, adaptándolo a las nuevas realidades sociales, económicas y culturales, y de las políticas educativas y de protección a la infancia en general, para asegurar que el bienestar emocional de niños y jóvenes es un objetivo real y claro en

nuestro mundo tecnologizado y materialista y que dicha protección a la infancia implique tomar decisiones que pongan a la persona por delante de los beneficios económicos o de cuestiones jurídicas o políticas diversas.

A nivel familiar esta educación afectiva y emocional exige comprender de forma profunda los cambios psicológicos, cognitivos y emocionales que suceden a lo largo de la adolescencia y que están en la base de todos los problemas propios de esta etapa. A partir de ahí será necesario incorporar al ámbito doméstico estrategias de diálogo, clarificar roles, abrir espacios de confianza y utilizar la paciencia y la resiliencia como mecanismos fundamentales de convivencia, mecanismos que resultan críticos para que el grupo familiar pueda capear con éxito los temporales que la inestabilidad emocional y las dificultades adaptativas de la adolescencia desatan en su entorno.

Y, por último, en el ámbito escolar, esta realidad debe verse reflejada en el currículo y en la metodología de trabajo en las aulas. Hay muchos expertos que creen, y yo estoy muy de acuerdo, que nuestra escuela, sobre todo en Secundaria, se centra en los elementos cognitivos y tecnológicos, obviando los afectivos y emocionales, que son el verdadero caballo de batalla de esta etapa educativa. Puede que los docentes consideremos que esta educación es básicamente familiar y social y que, sin el apoyo de estas instancias, en la escuela estamos remando contra el viento, pero creo que los profesionales no podemos dejar pasar la oportunidad de aportar nuestra experiencia, prudencia y madurez a unos jóvenes desorientados, preocupados y, en ocasiones, aislados, que están necesitados de modelos, referentes y asideros que, como faros, hagan algo de luz en las tinieblas. Para ello debemos llevar al aula experiencias comunicativas válidas, basadas en estrategias de conversación, diálogo y debate, donde los estudiantes puedan expresarse, discutir, analizar, valorar... las experiencias vitales de todo tipo que les preocupan y les desconciertan.



ACTIVIDADES DE AULA

Una propuesta ambiciosa, pero factible, sería organizar en las aulas de Secundaria sesiones de lectura compartida y reflexiva sobre temas especialmente importantes, elegidos por los propios alumnos. La tarea del profesor consistiría en proporcionarles un texto literario a partir del cual se pueda abordar la problemática elegida y elaborar una batería de preguntas abiertas que permita generar en el aula una experiencia de diálogo y debate. Soy consciente de que esta propuesta nos plantea varios problemas: por una parte, en el ámbito escolar tenemos que considerar la lectura como una actividad académica más, inscrita en los programas de aprendizaje literario, lo que frecuentemente nos lleva a obviar la auténtica potencialidad de la lectura como creadora de experiencias, promotora de opiniones y facilitadora de toma de decisiones. Por otra parte, hay quienes creen que la lectura ha de ser una actividad íntima y personal, en la que texto y lector se encuentren y se transformen mutuamente, y que una lectura grupal, como la que propongo, impediría esta relación íntima lector-texto, preconfigurando de forma inaceptable marcos de interpretación intertextual. Sin contar con que, además, y probablemente debido al ancestral vicio de la *asignaturización*, solemos pensar que las actividades lectoras deberían realizarse exclusivamente en el ámbito lingüístico y literario, cuando, en realidad, esta estrategia podría beneficiar a los alumnos en muchos otros ámbitos, más allá de los evidentes.

Creo sinceramente que la lectura compartida de textos literarios puede ser, si se trabaja en un enfoque estructurado, dinámico y dialógico, una herramienta de intercambio, de conocimiento de sí y de los otros y de comprensión de los universos personales de aquellos que participan. En una lectura comentada, guiada o totalmente autónoma, pero compartida con el grupo y dinamizada por el profesor, los alumnos pueden abordar temáticas interesantes desde diversos puntos de vista, pueden conocer y comprender las realidades que viven sus compañeros de aula, pueden elab-

Trabajar en 2-3 sesiones de clase de Literatura con una estructura dialógica de gran grupo el poema *El mar no es más que un pozo*, de Idea Vilariño:

El mar no es más que un pozo de agua oscura,
los astros solo son barro que brilla,
el amor, sueño, glándulas, locura
la noche no es azul, es amarilla.
Los astros solo son barro que brilla,
el mar no es más que un pozo de agua amarga,
la noche no es azul, es amarilla,
la noche no es profunda, es fría y larga.
El mar no es más que un pozo de agua amarga,
a pesar de los versos de los hombres,
el mar no es más que un pozo de agua oscura.
La noche no es profunda, es fría y larga;
a pesar de los versos de los hombres,
el amor, sueño, glándulas, locura.

Una vez leído, hacer al grupo las siguientes preguntas que guíen la reflexión conjunta:

1. Preguntas de comprensión del contenido:
 - a. ¿De qué crees que habla este poema?
 - b. ¿Qué le está pasando a la autora?
 - c. ¿Cómo se está sintiendo?
 - d. ¿Qué crees que quiere transmitirnos la autora con su poema?
2. Preguntas de expresión personal:
 - a. ¿Te sientes identificado/a con alguna palabra o verso del poema? ¿Con cuál? ¿Qué hace que te sientas identificado/a con esa expresión?
 - b. ¿Cómo expresarías tú las emociones y sentimientos que expresa la autora en el poema?
 - c. ¿Has sentido alguna vez emociones parecidas? ¿Quieres compartir las?
 - d. ¿Cómo las has manejado/resuelto? ¿Te ha ayudado alguien o algo a superarlas?
3. Preguntas de reflexión literaria:
 - a. ¿Sabes cómo se llama el tipo de poema que utiliza la autora? ¿Conoces las estrofas que lo forman? ¿Y el tipo de rima?
 - b. ¿Crees que seríamos capaces de escandir los versos para comprobar cuánto miden? ¿Sabes clasificarlos en relación con su medida? ¿Qué sabes del tipo de rima?
 - c. ¿Conoces algún soneto más? ¿Quién es el autor y de qué trata?
 - d. ¿Crees que la estructura del soneto favorece la expresión de determinados sentimientos? ¿Cuáles y por qué?

borar análisis personales sobre los fenómenos y acontecimientos que les preocupan y les entristecen y ensayar respuestas que luego pueden llevar a su realidad cotidiana en un proceso continuo, refinado y profundamente humano de aprendizaje emocional. Esta estrategia lectora, a la que me gusta llamar *lectura emocional compartida*, y las experiencias que se deriven de ella pueden ser las piedras que den a los adolescentes pistas para el afrontamiento del dolor y la pérdida y les ayuden a no per-



ACTIVIDADES DE AULA

- ↳ Buscar sonetos de la literatura clásica y actual y analizar sus semejanzas y diferencias en contenido y forma.
- ↳ Elegir un soneto clásico que resulte especialmente expresivo, buscar a su autor y recoger en un documento los datos más importantes de su biografía y creación literaria. Exponer el contenido elaborado a la clase comentando nuestras impresiones sobre el autor y su obra.
- ↳ Expresar, con un poema de versos libres, una experiencia parecida a la de Idea Vilariño, comentando qué nos ocurrió, cómo nos sentimos y cómo resolvimos la situación. Si lo deseamos, podemos leer nuestro poema a la clase o en grupos pequeños.



Ágora de profesores

Revisar las metodologías de trabajo utilizadas para valorar la posibilidad de incorporar espacios multidisciplinares y dialógicos que permitan el trabajo de los temas que se proponen.

Incorporar, en los casos en los que sea posible, enfoques dialógicos en el aula para permitir la expresión de las problemáticas propias de la adolescencia en relación con los contenidos del currículo.

der el pie ante el torrente de labilidad afectiva y emocional propia de esta etapa del desarrollo.

Además, creo también necesario abordar muy seriamente cambios en la formación del profesorado que incluyan las problemáticas propias de esta etapa, problemáticas que indefectiblemente van a encontrar en su aula y para las que apenas cuentan con más recursos que su voluntad, su equipo de trabajo y su sentido común y experiencia de vida. Formación y apoyo institucional son dos

recursos fundamentales para que este colectivo docente no termine sobreexpasado por los avatares de una tarea educativa, a veces sobrehumana, que debe implicarnos a todos.

Y, por último, considero necesario reforzar y revalorizar las materias de carácter humanístico, donde los adolescentes pueden encontrar referentes, modelos relevantes y esperanza en el mar de perplejidad que les inunda. La Historia, la Filosofía, el Arte o la Literatura pueden proporcionar al adolescente —desde un enfoque dialógico que permita trabajar los contenidos desde una perspectiva más personal— modelos de pensamiento y conducta valiosos que le ayuden a reflexionar sobre su realidad y a comprenderse mejor a sí mismos y a su entorno cercano y lejano.

En cualquier caso, hay que actuar. Puede que hayamos mirado demasiado tiempo para otro lado, que hayamos dejado demasiado solos a los niños y a los adolescentes en medio de su tristeza y desconcierto, puede que no les estemos dando las herramientas suficientes para soportar y manejar la frustración, el fracaso y la decepción y por eso creo que es ahora o nunca, que es urgente reclamar a las instancias educativas que tomen las decisiones adecuadas para ofrecer a los más jóvenes recursos personales para lidiar con un mundo devorado por el consumismo, por la superficialidad, por el individualismo más feroz y por la pérdida del valor de la experiencia humana, es decir, con todos sus fantasmas. No hacerlo será responsabilidad nuestra •



PARA SABER MÁS

BISQUERRA, R. (2013). *Educación emocional: propuestas para educadores y familias*. Desclée De Brouwer.

BUENO, D. (2022). *El cerebro del adolescente, Descubre cómo funciona para entenderlos y acompañarlos*. Grijalbo.

MONTOYA CASTILLA, I., SCHOEPS, K., POSTIGO ZEGARRA, S. y GONZÁLEZ BARRÓN, R. (2021). *Mademo: manual de educación emocional para docentes*. Ediciones Pirámide.



HEMOS HABLADO DE

Adolescencia; tristeza; currículo; formación del profesorado; enfoque dialógico.

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en marzo de 2024, revisado y aceptado en mayo de 2024.